

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MARINA



—¡Y pensar que ahora me estarán echando los gemelos desde la playa, pensando que soy una mujer hermosa!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El periodismo de antaño, por Angel R. Chaves.—El cielo, por Ricardo J. Catarineu.—Padre solícito, por José Estremera.—El desbreché, por José Zahonero.—En la verbena, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Devoción, por Alberto Casañal Shakery.—¡A pique!, por Miguel Rey Rivadeneira.—A una corista, por Carlos Miranda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Marina.—Humorada.—Anuncios, por Cilla.



Supongo que estarán ustedes de Figueira hasta la punta del pelo. Por mi parte ya no sé cómo amenizar la existencia de los lectores, porque este año escasean los asuntos cómicos y me cuesta más trabajo escribir un artículo que acertar un pleno á la ruleta.

Puede que consista en estas aguas, pero lo cierto es que cada día voy teniendo más torpe la pluma, y si continúo aquí mucho tiempo me expongo á volver á la primera edad, y acabaré por decir *chacha, nene y pupa*, como cuando recibía el jugo lácteo del pecho de mi nodriza.

No es éste el punto más apropiado para desarrollar la inteligencia y sostener los fueros del idioma. Desde la mañana á la noche está uno oyendo hablar en portugués, y se le pegan los vocablos; de modo que en mi casa empleamos una lengua especial, entre española y lusitana, con gotas de catalán, porque tengo un pariente que es de Gerona.

—Señorito, ¿tiro el arroz?—pregunta la doméstica.

—¿Por qué lo quiere usted tirar?—replico asustado.

—Digo si puedo sacar el arroz.

—No; saque usted antes los *borrachos*.

—¿Qué borrachos?

—Los pichones.

Y nos hacemos un lío, porque cada uno de nosotros conoce media docena de vocablos portugueses y los mezcla en la conversación. Aquí se dice «tirar» por sacar, «borrachos» por pichones, «escoba» por cepillo, etc., etc. y se arma tal confusión en mi hogar, que llegamos á cometer las mayores torpezas y á volvernos locos.

—Pásele usted una escoba á mi sombrero—digo á la criada. La chica va por la escoba y se pone á barrerme el sombrero con la mayor tranquilidad del mundo.

En fin, tiene sus inconvenientes esto de veranear en el extranjero: por ahora no hacemos más que corromper el idioma patrio; mañana acabaremos por ladrar definitivamente.

En el coliseo del Príncipe Carlos trabaja una compañía bilingüe, mitad española, mitad portuguesa, y hay un actor de Oporto llamado Fernández que tiene un gran parecido con nuestro Julio Ruiz. Noches pasadas representó un monólogo muy bonito, y voy á ver si lo traduzco y puedo introducirlo de matute en algún teatro de Madrid, con lo cual no haré más que seguir el ejemplo de algunos autores que se las echan de originales y lo traducen todo: desde las palabras hasta los calcetines. Ahora sólo falta que el monólogo precitado tampoco sea portugués y resulte original de Cerbón ó de otro así, porque en esto de apropiarse las obras ajenas no se quedan cortos estos autores. Á Manuel Matoses le han traducido su sainete *Los gorriones* con el título de *Os pardaes* (los gorriones), y cuando se estrenó aquí le arrojaron al pseudo-autor tres ó cuatro coronas de flores de trapo y media docena de pañuelos de las narices, puro hilo.

Y entretanto Matoses jugaba modestamente al mus con tres amigos de confianza, ajeno á todo sentimiento glorioso.

Lo que hay aquí son unos pollos muy tiernos y un vinillo de la Beira-alta que rejuvenece y fortifica.

Pero no todo el que se vende es digno de loa. En muchos establecimientos lo mixtifican con ciertas drogas que atacan al cerebro.

Días pasados una familia entera, procedente de Castrogeriz, se sintió acometida de vértigos. El padre cogió á un hijo de seis años y lo arrojó sobre una cama, echándole encima un portier para ahogarle. La niña mayor, poseída de un entusiasmo que jamás había sentido, se puso á cantar el aria de *La Traviata*, envuelta en una colcha. Entretanto la mamá pedía á grandes voces que la llevaran un perol para hacer arroz con leche. Aquella casa se había convertido en un manicomio, y nadie sabía á qué atribuir tanta perturbación, hasta que llegó el médico, reconoció el vino, y pudo notar que contenía materias colorantes en extremo nocivas. El padre de familia, que por su edad y sus costumbres había ingerido mayor cantidad de mosto que los demás de la casa, sigue hoy cometiendo toda clase de locuras. Va al café y se sienta sobre la mesa, con las piernas cruzadas como los musulmanes; después se pone á recitar versos en latín ó á tocar las castañuelas. Otras veces se nos aparece con la cabeza metida en una funda de violín, y dice que es un enviado del bey de Túnez que viene á poner en Figueira un almacén de pianos de manubrio.

La mixtificación de los vinos es causa aquí de muchas perturbaciones cerebrales. Yo tengo un vecino que debe de estar perturbado completamente, porque se pasa el día enseñándole á cantar á un mirlo el *fado* portugués. Días pasados le mandé á decir que, ó mataba el mirlo, ó tendríamos un disgusto, y él, por toda respuesta, me regaló una sandía.

No son sólo los vinos mixtificados; también producen efectos desastrosos los mariscos en la época del celo. Ahora es cuando las langostas sienten los primeros efectos del amor, y el que come langosta enamorada experimenta sensaciones desconocidas. Una señorita que comió langosta á la vinagreta anteayer por la tarde, llegó por la noche al Casino y se arrojó en los brazos de un joven portugués lanzando carcajadas histéricas. Por fin su familia pudo aplacarla, y ahofa está en su domicilio bajo la custodia de sus parientes, que tratan de hacerla devolver la langosta, pero no lo consiguen.

* * *

De salud pública andamos bien.

No hay cólera ni lo habrá este año, en virtud de las órdenes del gobierno.

La única enfermedad que aquí se padece es el delirio de grandezas. Quién más, quién menos, todos se creen poderosos, bellos, inteligentes y bravos.

Á mí me decía un joven de Aveiro:

—Cuando yo me incomodo, á mí mismo me tengo miedo. Monto en cólera, comienzo á gritar y á sacudir puñetazos al aire, y me entra tal temor de mí mismo, que me meto debajo de la cama.

LUIS TABOADA.

EL PERIODISMO DE ANTAÑO

Tal afán va aquí cundiendo de imitar esos papeles que con nombre de *Gacetas* de Italia y de Holanda vienen, que como es fácil que al cabo también el diablo me tiente y en esa forma noticias dé de aquí á vuestras mercedes, porque á engaño no se llaman voy á decir buenamente la opinión que esos *Avisos* á mí y á muchos merecen. Descóncen que son útiles fuera injusticia solemne, que el saber no ocupa plaza y fué provechoso siempre. Mas como escritos por hombres, y hombres cuya pluma mueve unas veces la ignorancia y la malicia otras veces, fuera el aceptar sus dichos sin examen exponerse á tragarse como buenas, ya que no infamias, sandeces. ¿Quiéren convencerse de ello? Paren un poco las mientes

ó dejen que les informe de quien tales nuevas teje. Aquel que no pasa un día sin que de torpes increpe de nuestros bravos ejércitos á los más invictos jefes, á oírle, no hay de seguro nadie que á explicarse acierte cómo batalla ninguna nuestros generales pierden; pues siendo tanto el aplomo con que el gacetero mueve hombres, máquinas, caballos, picas, lanzas y mosquetes, á cualquiera se le ocurre que ser más sencillo debe que beberse un vidrio de agua librar del asedio á Ostende. Lástima que quien tal dice, como le apuren, confiese que no más ciencia estratégica nunca le entró en el caletre que la que oyó á sus soldados, sólo en el beber valientes, en cierta tabla de juego que explota hace un par de meses.

* * *

Ese otro que de arbitristas es el cuchillo perenne, y que no halla plan de hacienda que de absurdo no moteje, ni retener ha podido que tres y cuatro son siete, ni á la moza que le sirve tomarle la cuenta puede. El de más allá, que á Lope trata de coplero hebene y que cual no digan dueñas pone sus comedias siempre, aunque á Aristóteles nombra y á Séneca estruja y tuerce para aburrirnos á citas que jamás al caso vienen, toda su ciencia la funda en que hizo dos entremeses que no hay por descabellados cómico que represente, y como es la torpe envidia el agujón que le muerde, escribiendo en castellano que hay quien toma por vascuence, no sólo le encoleriza todo aquello que otro invente, sino que da por derrota hasta el triunfo más solemne. Aquel que del Conde-Duque las virtudes encarece, y que hasta para sus yerros hinchados elogios tiene,

aún no hace muchas semanas del valido hablaba pestes, y hasta en sus actos privados hincaba mordaz el diente. ¿Pensáis que es el patriotismo lo que á obrar así le impele y que á un natural honrado es sólo á lo que obedece? Pues erráis. Una encomienda que logró recientemente es el verdadero santo á que el milagro se debe. En fin, que como alcanzara su juicio recto y prudente á los que en tales *Gacetas* raudales de ciencia vierten, de treinta que en esto escriben se viera que más de veinte, ó de desprecio son dignos, ó andar al remo merecen. No obstante, bien es que diga que habiendo entre ellos quien puede servir por virtud y letras de espejo á quien los leyere, no en los vicios de los malos trabas los buenos encuentren, y lejos de que se ataje el uso de esos papeles, de fomentarlos se cuide, que es el modo de que encuentre el que dé con el veneno la triaca juntamente.

ÁNGEL R. CHAVES.

EL CIELO

I

—¿Existe el cielo?—me pregunto á veces. Es tan halagadora la esperanza que, en medio de sus locas embriagueces, sueña mi corazón y alza sus preces á otro mundo mejor, que nunca alcanza.

No me matan las penas conocidas, sé su razón y busco el lenitivo. ¡Hay penas más traidoras, más sentidas! ¡Las tristezas que llegan sin motivo! Y cuando siento estas tristezas largas, buscando el cielo azul y despejado, en él me miro como en un espejo; y en mis horas amargas, de las noches de luna me aconsejo.

Todo lo azul tiene algo de sagrado; mirando al cielo á veces imagino á una mujer hermosa y sin pecado que llena de la atmósfera el camino. Sus formas agradables me sorprenden; me parece tangible y no la toco... ¡y sus formas se azulan y se extienden, y van formando el cielo poco á poco!

Que existe sé, como que Juan me llamo, esa mujer que es mi único consuelo; nunca la he visto y la amo... ¡Ya no me cabe duda! ¡Hay cielo! ¡hay cielo!

II

—¡Hay cielo, sí! Con pájaros y flores á la mujer que adoro formé un nido y en él mi corazón vive escondido en perfumada atmósfera de amores... ¡Hay cielo, sí, pero ni en él se goza! Seguro del amor de mi adorada, aún el pesar dentro de mí retoza. ¡Por qué padezco? No lo sé. ¡Por nada! En fin, ella es risueña, es buena moza, es rubia, es cariñosa, es sonrosada... A sus brazos de nácar me confío y ellos serán los que al dolor me escuden; otros del cielo duden, que por mi parte yo ¡ya tengo el mío!

III

—Juzgo las cosas hoy por sus razones. Mi vida corre en paz y con templanza. El amor me robó las ilusiones, la amistad mató en mí la confianza. Nada sé, nada tengo y nada anhelo; si fué tristeza lo que ayer sufría, sólo padezco ya monotonía... —¿Y el cielo, Juan?— ¡Pero si ya no hay cielo!

RICARDO J. CATARINEU.

PADRE SOLÍCITO

Así hablaban don Clemente, viejo grave, y Luis, un chico buen mozo, bastante rico y persona muy decente:

—Usted no será dichoso siguiendo soltero; ya verá un día cómo está perdiendo un tiempo precioso.

—Me cansa vivir así, sí, señor; mas ¿qué he de hacer, si no encuentro una mujer educada para mí?

Porque yo quiero una esposa económica, dispuesta, arregladita, modesta, aseada y hacendosa;

que no sea un *sprit-fort*; que no ame las diversiones; que no frecuente salones ni sepa lo que es *sport*;

que no me salga pedante y que lea en la *Doctrina* y en el libro de cocina, más que en *La Moda Elegante*;

una mujer que del nido haga una santa mansión, que tenga por diversión el cuidar de su marido, á quien dé dulces consuelos si Dios pesares le envía; que sea el ama de cría de sus tiernos pequeñuelos.

En fin, yo la quiero que sea mujer de su casa.

—Pues, hombre, mi hija Tomasa es quien le conviene á usted.

Aunque no cuenta millones, es una chica excelente

y tiene precisamente todas esas condiciones.

A usted el tiempo se le pasa en flores viviendo así; nada, créame usted á mí: cácese usted con Tomasa.

Don Clemente, al otro día hablaba con Baltasar:

—¿Cuándo se va usted á casar?

—Soy muy joven todavía.

Luego, para tomar esa carga, será menester que yo encuentre una mujer educada á la francesa;

que no sea miserable, sino que gaste y derroche y sepa guiar un coche y sepa tirar al sable;

que odie la chiquillería y, si es madre alguna vez, no haga la ridiculez de meterse á ama de cría;

y si llega la ocasión de lucir y de brillar, sepa á todas eclipsar llevando encima un millón.

—¡Ya! Una mujer elegante, bien educada y no fea, para la cual usted sea, más que un marido, un amante; y que brille y que no esté metida siempre en su casa.

—Justo.

—Pues mi hija Tomasa es quien le conviene á usted.

JOSÉ ESTREMERÁ.

EL DESBROCHE

¿Acusado de cándido simplón?

¡No, mil veces no! En su corazón sentía viva cólera al oírlo: él se había educado en la castidad, no rígida, tranquila, apacible, y le era enojoso al pobre muchacho sentirse acusado de ignorante ó compadecido como esclavo de una impertinente educación.

Podía afirmarse que conocía los planes de la belleza corporal en las láminas anatómicas; los secretos del proceso de las funciones vitales; todo esto recogido y comprendido como por un deber de estudiante: había más, había visto el cadáver; pero el desnudo palpitante y coloreado por el ardimiento pasional ó por las múltiples fases del efluviio de la vida le había hecho bajar los ojos con pudor, no por miedo, sino por una plácida é íntima satisfacción, consecuencia de un culto respetuoso á la propia inocencia, y por la gozosa esperanza de llegar algún día, según lógica del tiempo y gradación del desarrollo natural, á un bien indefinido é inefable, brotar de alas, un romper capullo, una metamorfosis de la virilidad á la adolescencia.

Os aseguro que no había más que mirarle para convencerse de que su castidad no era resultado de un alejamiento de todo, sino una armonía mantenida en su alma por el celo de un padre experto en dirigir el gradual conocimiento de las cosas, y la inspiración de una madre que había hecho comprender á su hijo que el amor de ella tenía, puro é intenso, que ser la raíz de todo otro amor de la vida.

Y allí se le veía á él en el banquete, entre las mujeres muy adornadas para la fiesta, y los hombres muy de etiqueta para la ceremonia. A él, al mozo, al novio, ante su madre que le miraba con una continuada delicia y el padre que le contemplaba con un convencido orgullo.

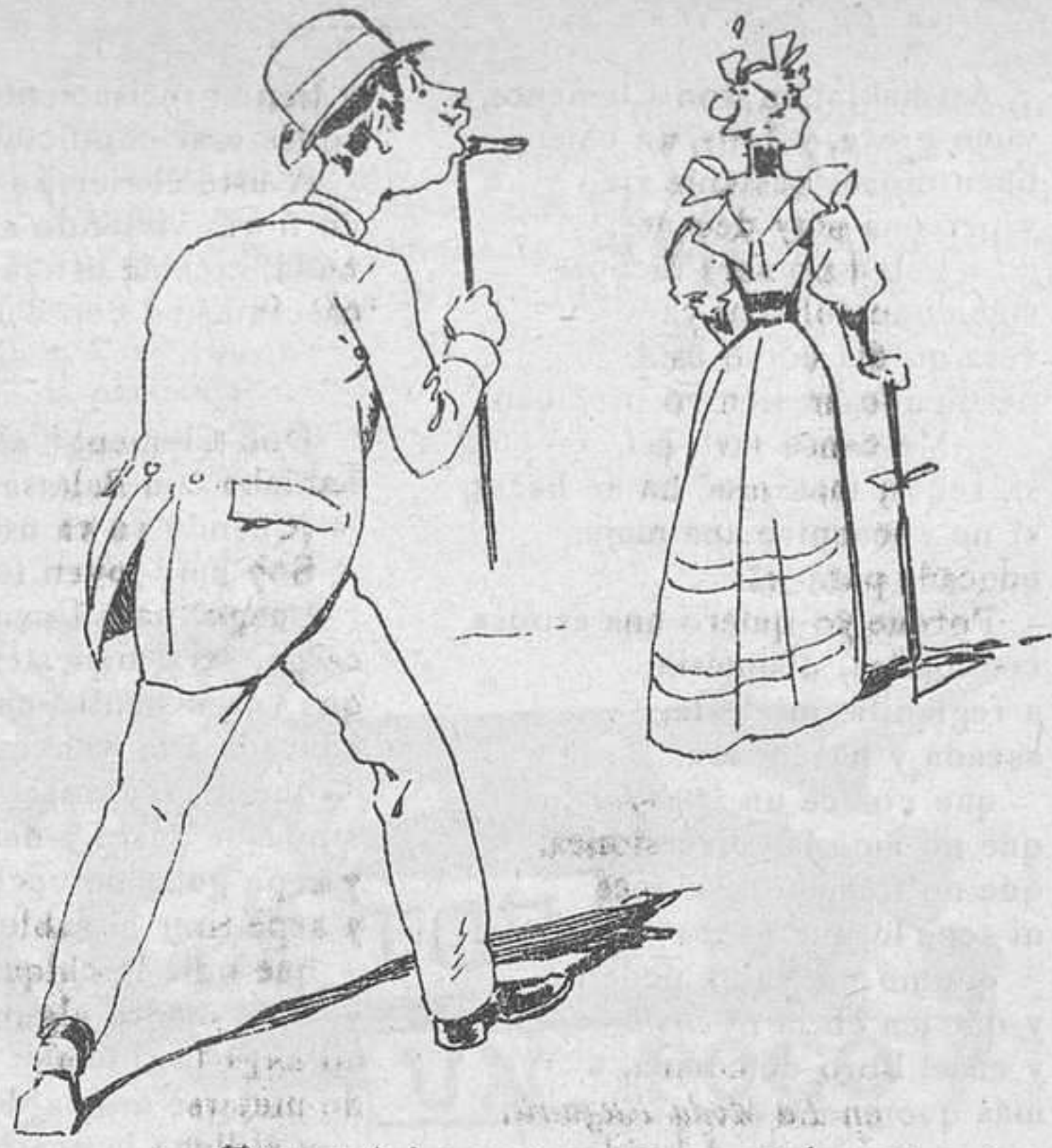
Veíasele robusto, de sanos colores, mirada límpida y serena, de frente tersa y ancha, juicioso y fornido, sonriente y tranquilo, como quien, desde mucho tiempo antes, era sabedor de que aquel momento había de llegar, y se hallaba dispuesto á apoderarse de la primera dicha sin sufrir vértigo, sin pecar de las irregularidades de la impaciencia, sino que llegando á la felicidad con la confianza con que han de entrar en los cielos los bienaventurados.

Ella estaba allí, vestida de blanco, confiada también, ignorante de todo, y sin que por un momento su pensamiento se aventurase á explicarse lo que luego habría de revelársele, natural, completamente.

Sus grandes ojos miraban llenos de ingenuidad y de contento, al ver allí las dos familias reunidas. Sus labios encendidos, sus cabellos de oro rizados y abuclados, su blanco cuello, los colores y las líneas pronunciados de su belleza, no desvanecían ni en un punto aquella saliente y principal cualidad que la caracterizaba: su jovial candor de niña.

Algunas horas después la corte de la boda se había dispersado.

HUMORADA



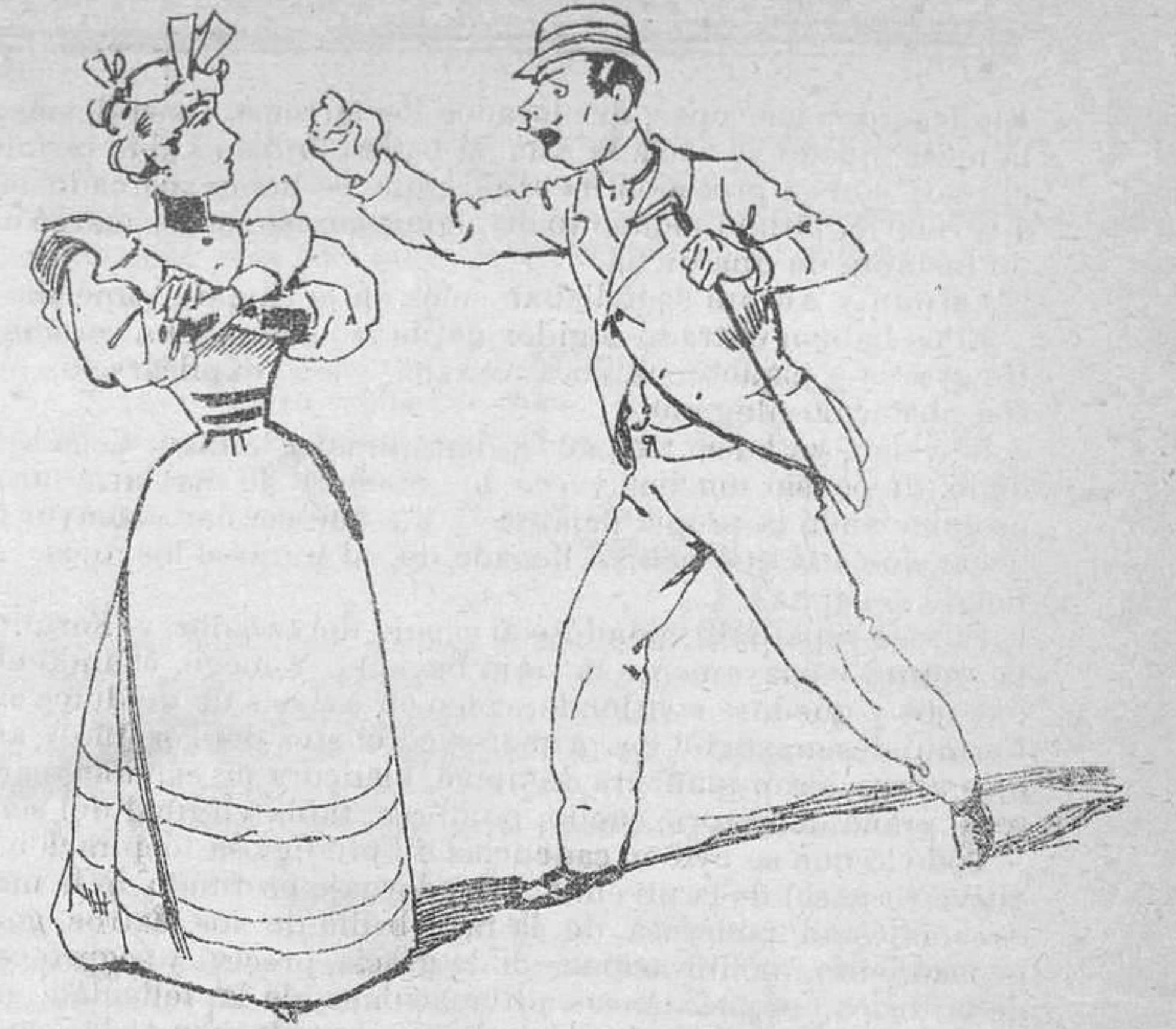
Empezó á enamorarse poco á poco y acabó por quererla como un loco.



Mas la doncella, inexorable y fría, despreció su pasión... ¡no le quería!



Hubo ruegos, halagos y promesas, lágrimas y suspiros; ¡ni por esas!



Vino, poco después, con amenazas á conseguir lo mismo: calabazas.



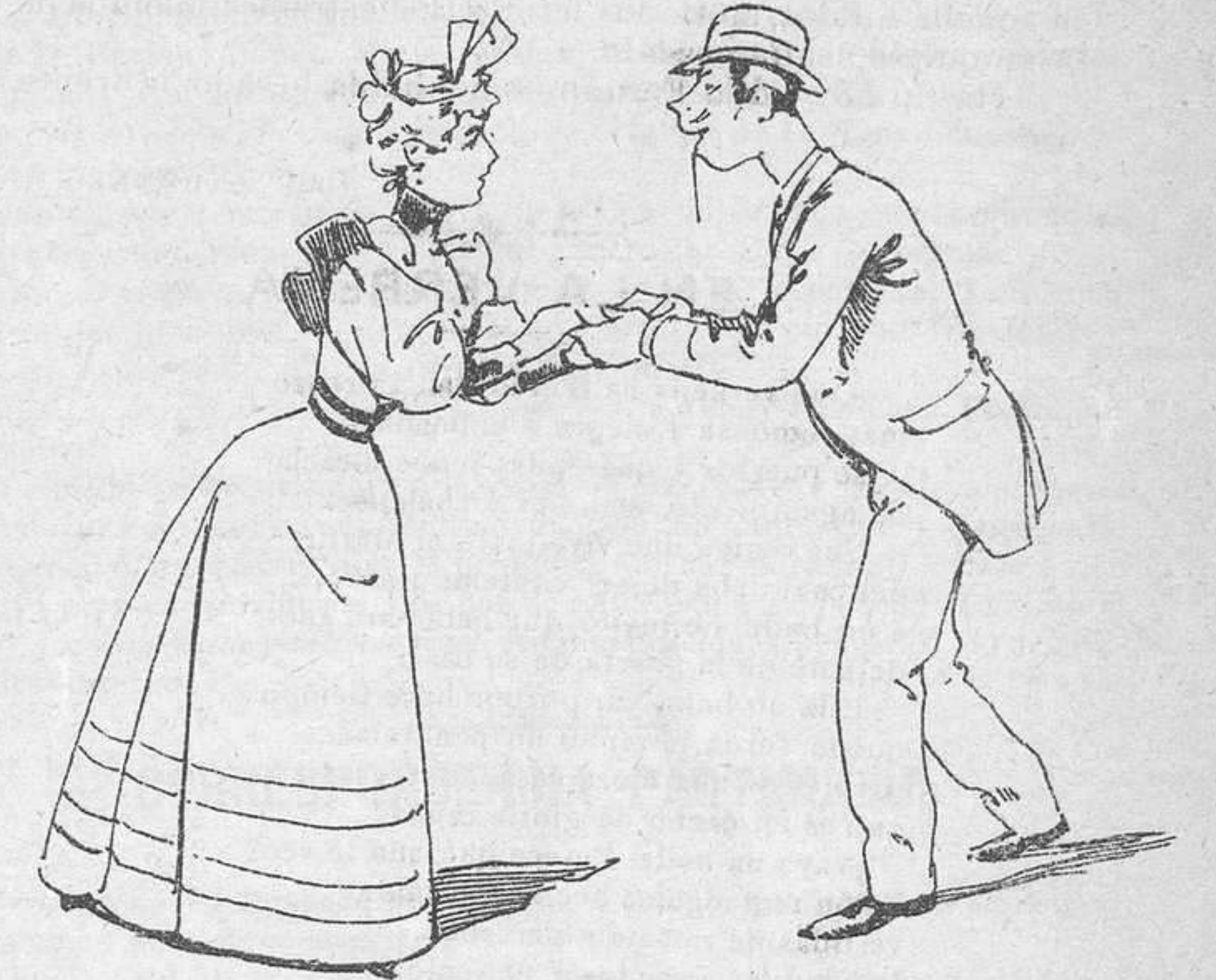
En vista de tan triste resultado acudió á Satanás, desesperado



Y el diablo dijo: Te daré la calma si, á cambio de su amor, vendes el alma.



¡El amor por el alma! ¡Qué barato! Aquella noche se firmó el contrato.



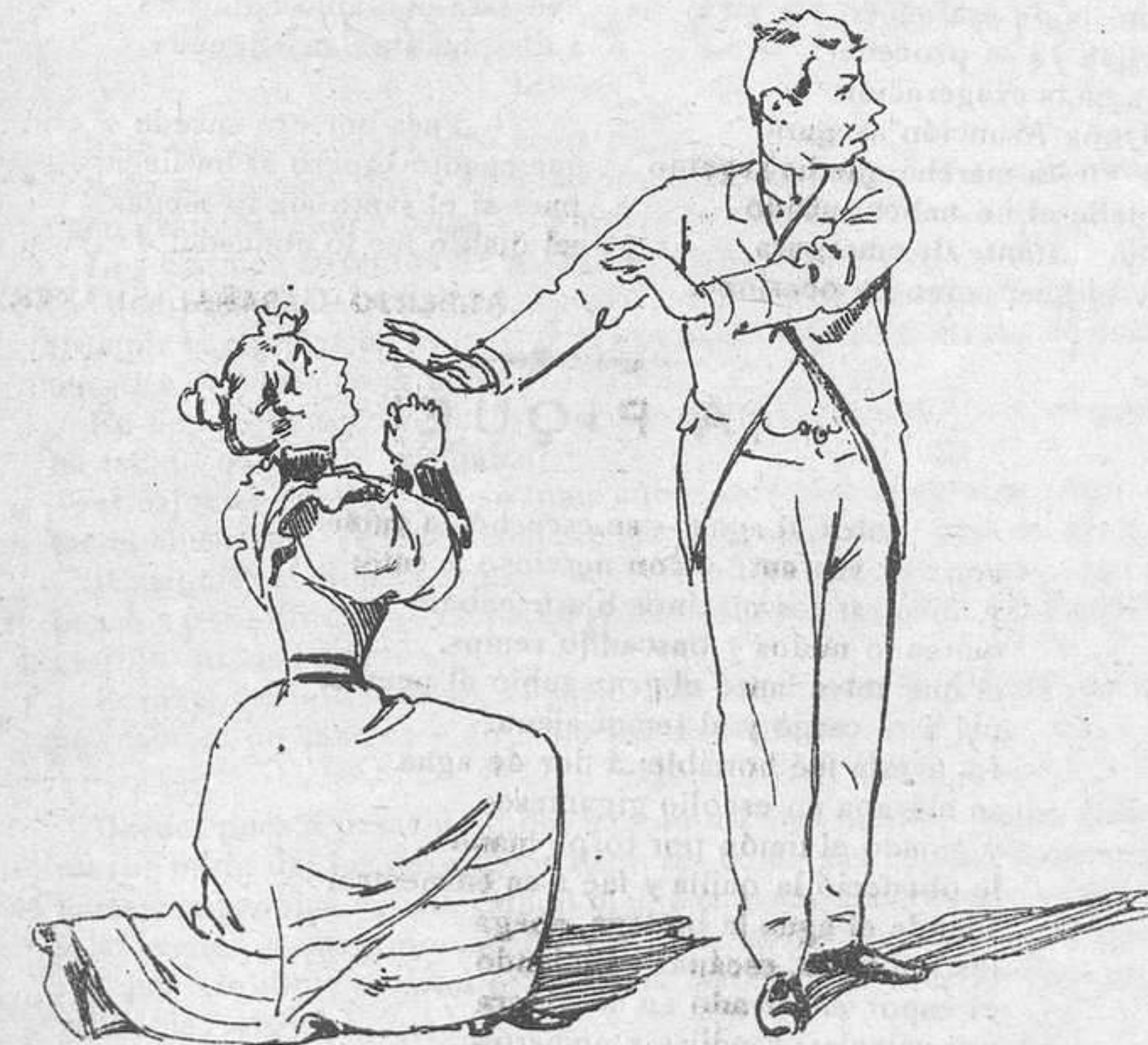
Y se encontró el galán al otro día con que ella le quería.



Con un amor tan eterno, tan ardiente que eran ambos la envidia de la gente.



Peró la posesión trae el hastío, y él empezó á tratarla con desvío.



Mientras ella, que al diablo obedecía, se abrasaba de amor, más cada día.



¡Victima del bromazo pasó el pobre una vida fastidiosa, con el alma vendida á corto plazo y unido á una mujer empalagosa!

En desorden las copas, desflorados los jarrones, casi desmantelada la mesa, quedó ya vacía la sala: el baile también había terminado, y el reloj, con su precisión mecánica, que se había acercado sin duda á revelar el último momento de algunas existencias, marcó el deseado instante de una dicha.

Fermín y Aurora se hallaban solos en la cámara nupcial.

Ellos habían entrado cogidos del brazo con mucha ceremonia, entre graves y juguetones, cosa extraña, y sin explicárselo, no hallaron obstáculo ninguno.

Se veían, ya hacía tres años, diariamente; habían llegado al prodigio de pensar muchas veces lo mismo y de hablar á un tiempo pronunciando la propia palabra. ¿Y á qué confianza mayor podrían llegar que á la que habían llegado de, al mirarse los ojos, verse lo hondo del alma?

Ella se separó dirigiéndose al espejo del tocador, y Fermín ciñóle la cintura y suavemente la trajo hacia sí. Y luego, cuando ella bajó los ojos y quedóse sonriendo, como en éxtasis de un dulce ensueño, Fermín desenganchó los primeros corchetes del corpiño y ante sus ojos aparecieron blancura de nieve, blancura de espuma, carmín de rosa, grana de aurora; cuello, hombros, tabla virginal del seno.

Todo lo que se oye en cadencias de prodigiosa inspiración; ese fugitivo tornasol de la nivelula, ese adorno profundo de la mariposa, esa majestad poderosa de la mar, brillo de los astros, gozos del pensamiento, modificaciones de la gracia, preciso y seguro contorno de la forma, momentáneas adivinaciones de la felicidad, magnificencia de lo sublime, la naturaleza y la vida con todas sus múltiples impresiones de belleza, todo esto no habían sido más que anuncios vagos, ideas proféticas, impresiones educadoras para llegar, esperar y comprender aquella casta posesión, aquel seno bajo el cual palpitaba un corazón, sentía y pensaba un alma, y Fermín puso el calor de sus labios en aquella frescura, en aquella suavidad, en aquella nitidez; sintió los latidos, los estremecimientos de un corazón que se sentía poseído.

—Hasta hoy—dijo Fermín—sólo había besado la frente de mi madre.

— JOSÉ ZAHONERO.

EN LA VERBENA

¡Qué verbena ha tenido San Lorenzo más rumbosa y alegre y animada!
¡Qué puestos y qué bailes y qué mezcla de aguardiente, melones y chulapas!

Una amiga que vive junto al Mártir, del cual debe de ser contemporánea, á un baile me invitó que había armado delante de la puerta de su casa.

Ella no baila ya, porque hace tiempo quedó sorda mirando un panorama; pero tiene una moza casadera que es un cacho de gloria refinada.

¡Vaya un baile! Parece que aún le veo. Salón rectangular hecho con tablas vestidas de ramaje y percalina.

Banderolas, escudos y guirnalda, faroles de papel y un organillo con manubrio y con hipo en las entrañas, que más bien que relleno de armonías parecía al sonar una olla de agua cociendo á borbotón. Una mazurka cuando llegué al salón vi que bailaban quince ó veinte parejas superiores, sin contar, por supuesto, la de guardias.

Dejé á un lado repulgos y remilgos y á otro lado el chaqué, que me estorbaba, y me puse á bailar, pues también bailo como la propia chulería baila.

¿Quieres, lector, una lección? Pues oye, que te la voy á dar en dos palabras. Quizá no lo haga bien, pero yo creo que así es el baile de la gente baja.

Escoges una chica, procurando que sea de esas que parecen lapas por la mucha ilusión con que se ciñen; si no, el baile no es baile, es una lata.

¿Que se niega á bailar la *señorita* porque dice que «está ya mareada del cerebro,» lo cual *que* es un infundio? Pues la arrimas dos tortas y la sacas, y se pone á bailar, ¿no ha de ponerse? y una vez que la tienes ya trincada, no la plantas la mano en la cintura, que eso lo hace un *jill*; vas y la plantas tus cinco mandamientos de manera que no se escapen sus costillas falsas. Adelantas un pie, después el otro, y después ya verás cómo adelantas.

Ella estira una mano, la derecha (si es que sabe cuál es), tú se la agarras con la izquierda, á la vez que la permites que recline su faz sobre tu cara; y cosidos los cuerpos á respunte

sin que pueda notarse la puntada, comienza el balanceo de caderas con mucha seriedad, y sigues hasta que al gachó del manubrio se le antoje que debe suspenderse la *tocata*, ó vosotros perdáis el equilibrio de las extremidades *subterráneas*.

¿Que ella se queja porque tú la pisas? Pues la das un capón por delicada. ¿Que es ella quien te pisa? Pues la pegas para que así otra vez no se distraiga.

Y acabada la pieza, si está oscuro, la das tres besos en acción de gracias. Yo no sé si me explico; pero creo que así es el baile de la gente baja.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MINIATURA

El mundo está muy mal, ¿qué duda cabe? faltan raciones para mucha gente y el conflicto pendiente se va poniendo cada vez más grave.

Tal vez tienen razón los que se quejan de que roen los huesos que otros dejan, y si ellos seriamente se deciden á lograr lo que piden, el día de la lucha, de seguro, se ve la sociedad en un apuro.

Porque es probable que á la voz de mando sean los panaderos los primeros en buscar la ocasión, el cómo, el cuándo, y dar el golpe gordo, proclamando la huelga universal de tahoneros.

Pero ¿y si con el acto de energía perjudican sus propios intereses? Porque quitan el pan á los burgueses, pero ¿y qué comen ellos aquel día?

SINESIO DELGADO.

DEVOCIÓN

Yo no he visto devoción ni tan grande ni tan fiel como la que á San Miguel le tiene doña Asunción.

Apenas salta del lecho, precipitada se viste y empieza triste, muy triste, á darse golpes de pecho ante un cuadro muy bonito que tiene, y que, según cuenta quien lo ha visto, representa á su santo favorito.

Pasa el día de este modo en rezos estrafalarios. ¡Ha rezado más rosarios con letanías y todo!

En fin, que no hay devoción como la de esa mujer, porque ya su proceder raya en la exageración.

Doña Asunción asegura que á esta marcha que ha seguido le debe el no haber sufrido ni un instante de amargura, y el que, como en ocasiones

se ha podido ver, el santo le otorgue en seguida cuanto le pide en sus oraciones.

Como yo me apercibiera de que el santo le otorgaba muchas cosas que no estaba bien que un santo concediera, quise saber el por qué de su extraña devoción, y un día á doña Asunción el motivo pregunté.

Y ella, que es muy complaciente y vió que yo le ofrecía que no se lo contaría á nadie absolutamente, dijo:—Es raro que con él no haya usted en seguida dado. ¿No está el diablo colocado á los pies de San Miguel? —Sí.

—Pues por eso sucede que cuanto espero al fin llega, pues si el santo me lo niega... ¡el diablo me lo concede!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

¡Á PIQUE!

—¡Botes al agua!— se escuchó en cubierta con voz vibrante y con nervioso acento; y mientras los marinos blasfemaban quitando nudos y buscando remos, el que antes lanzó el grito subió al puente, fiel á su cargo y al temor ajeno. La avería fué horrible: á flor de agua se elevaba un escollo gigantesco, y guiado el timón por torpe mano le obedeció la quilla y fué á su encuentro. Inunda el agua la bodega, apaga los hornillos, escápase gimiendo el vapor encerrado en la caldera por válvulas, rendijas y agujeros, mientras la chimenea lanza al aire sus últimos jirones de humo negro. Todos en salvo están, menos diez hombres que en cubierta y vencidos por el miedo

quieren izar un bote suspendido de donde se hunde el buque al lado opuesto, sin rotar que el terror les paraliza las articulaciones de los dedos.

—¡Corta la amarra!—el capitán exclama, que permanece impávido en su puesto; y aquella voz serena les infunde tanto valor, les presta tanto aliento, que un momento después el bote flota, lanzándose tras él diez marineros, y que, por ser pequeño, con trabajo encuentran sitio para todos ellos. Al ver el capitán que ya se salvan, se arroja al mar y nada con denuedo tras de la lancha, y al alzar los brazos para coger la borda y entrar dentro, le empujan brutalmente al mar y gritan: —¡Aquí ya no se cabel! ¡Atrás, zopenco!

MIGUEL REY RIVADENEIRA.

A UNA CORISTA

Ha llegado á mi noticia por conducto fidedigno (comprenderás, por lo tanto, que no es cosa de tus *intimos*) que está el director de escena muy cariñoso contigo; que te miman los autores, y que el empresario mismo —bajo cuerda, por supuesto— va á subirte el sueldecito y, en lugar de las dos *pelas*, cobrarás dos *veinticinco*... No sabes cuánto me agrada que, contra mis vaticinios, en el coro de señoras, te vayas haciendo un sitio, y encuentres quien te proteja, ya que por ese camino tal vez han pasado algunas que ahora se dan mucho pisto... Pero hay más: sé que has llamado la atención de algunos críticos, sin que tú les des *bombones* para que te den *bombinos* —como me consta que han hecho varias otras del oficio,— y hasta que en más de un periódico se ha dado el caso inaudito de verse en letras de molde tu nombre y dos apellidos, con algunos ditirambos en *tu honor*... Vamos, te digo que no puedes figurarte lo mucho que me he reído con eso, que he subrayado

para que esté más clarito. ¡En tu honor! ¡Y luego dicen perrerías de los críticos, cuando son tan bonachones que alaban lo que no han visto! Si ellos aplauden tus méritos, para mí desconocidos, yo deploro la torpeza que me impidió descubrirlos; pero, si te he de ser franco, te juro que no me explico la razón de unos progresos... por los que te felicito. Continúa por la senda que «con tan buenos auspicios emprendes» (cual dice uno de los mencionados críticos), ¡y quiera Dios me des pronto cuenta de tu *beneficio*, como espero, ya que cosas más difíciles se han visto!... Conste que te felicita de tus éxitos novísimos tu exprofesor de solfeo y admirador

Relamido.

Postdata.—Nuevos informes que en este instante recibo me revelan que las obras en donde te han aplaudido son aquellas en que sales casi desnuda... Repito mi enhorabuena: ¡ya veo que vas por el buen camino!

Por la copia,
CARLOS MIRANDA.

CHISMES Y CUENTOS

Esto de las verbenas raya en el delirio.

Apenas se acaba una, empieza otra; todas con el carácter de novedad y buen gusto peculiar á estas diversiones populares.

Los clásicos farolillos de papel, los gallardetes sucios y el ramaje seco. Lo que yo no sé es con qué derecho puede un ciudadano cualquiera interrumpir la circulación en una ó varias calles con el pretexto de establecer un *salón de baile* que es una porquería...

En fin, ¡qué extremo habrá llegado el abuso, cuando *La Correspondencia* ha tenido que decir lo siguiente!

«Cualquier medida que se tome sobre este asunto en el sentido de evitar el abuso que se viene cometiendo será aplaudida por el vecindario.»

¿Cualquier medida? La mejor será prohibir en absoluto eso de las verbenas y permitir que se celebren solamente en la pradera del Canal ó en el cerrillo de los Angeles.

Porque, de lo contrario, el mejor día nos tapan la Puerta del Sol con una fábrica de churros y un bailecito de esos...

Bueno, pues á pesar de todo, habrán ustedes notado estos días que la mayor parte de los periódicos dedican columnas enteras á describir esas fiestas, impropias de una capital medianamente ilustrada, y echan piropos á las chulas, y citan, por citar algo, millares de nombres de los que colgaron los farolillos, tocaron el piano de manubrio ó echaron unas copitas en mitad del arroyo...

Y es que el afán de halagar la vanidad de la gente menuda, en letras de molde, por aumentar las suscripciones de á peseta, nos lleva á unas exageraciones que ¡ya, ya!

En fin, que estoy con *La Correspondencia*.

Riámonos del barómetro.

Hace quince días que anuncia *tiempo variable* sin interrupción, y nos estamos asando vivos sin variaciones de ninguna especie.

Claro es que acabará Dios por premiar su constancia y *acertará* dentro de un par de meses, pero para ese viaje no necesitábamos alforjas.

Ni barómetros.

Desde que arrepintiósse Nicanora, tanto el acto sublime le enamora del arrepentimiento, que en sus preces le pide á Dios ahora poder arrepentirse... varias veces.

VICENTE DE AYTA.

Hé aquí lo más importante que nos comunicó ayer el telegrafo:

«Irún, fuerte, siempre bien, ganó 16 saques, 1 rasa, 2 arrimadas, 2 largas y 1 dos paredes; y perdió 4 saques y 4 faltas.

Gamborena ganó 6 saques, 5 arrimadas, 1 rasa, 1 larga y 2 cortadas; y perdió 2 saques, 5 erradas, 1 red y 3 faltas.»

Con esto y con que se arregle lo de Vitoria, estamos al cabo de la calle.

Libros:

El Señor y lo demás son cuentos se titula un nuevo libro de Clarín que acaba de ver la luz pública. El insigne crítico es además, y tal vez sobre todo, un cuentista como hay pocos en el extranjero y... ninguno en España. Hay dos cuentos en este tomo: *El Señor*, y *Adiós, Cordera*, que bastan para demostrarlo... Y digo esto, sin su permiso, aprovechando la coyuntura de que el autor está de vacaciones en lo que se refiere á la redacción del periódico.—Cuesta el libro, que se venderá como todos los suyos, tres pesetas.

Miss Hisipi, humorada cómico-lírica en un acto y cuatro cuadros, original de D. Enrique López Marín, música de los maestros Sigler y Alvira, estrenada recientemente con buen éxito en el Teatro de Recoletos.

La primer noche de claustro, monólogo original de D. Luis Cánovas, vigorosa y correctamente escrito.

Equivocaciones, ensayo de novela de D. Martín Luque, que revela en él excelentes condiciones para tan difícil género. Precio, 1,50 pesetas.

Cartas de mujeres, coleccionadas por D. Jacinto Benavente. Lindísima obra en que prueba su autor gran conocimiento del corazón femenino y perfecto dominio del idioma. Precio, 3 pesetas.

Colección de cien epigramas, de D. José María Valero Limiñana. Precio, 50 céntimos.

El Folletín acaba de poner á la venta la interesante y delicada novela de Octavio Feuillet titulada *Historia de Sibila*, bien traducida y al precio de dos pesetas. A los suscriptores al periódico les ha salido á 48 céntimos en Madrid y 72 en provincias. Los que se suscriban á *El Folletín* recibirán el tomo por una peseta veinte céntimos. Administración, Fuencarral, 119. Principales librerías.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Campasolo.—El romance es larguísimo. Habría que hacer un suplemento, y como no merece la pena...

¿Qué?—¡Qué ha de desaparecer la forma poética! Lo que está *si cade ó no cade* es el género de humoradas así, vulgarcitas.

Sr. D. M. R.—Por lo mismo han caído ya los cantares por el estilo.

Sr. D. A. V. C.—Barcelona.—Salieron ayer los números que necesita. En cualquiera encuadernación pueden hacer tapas como las nuestras, porque precisamente en eso está Barcelona mejor que quiere.

Morfeo.—Bueno es soñar, pero no con ripios, porque acaba uno por tener pesadillas.

Emitio.—El romancillo de hoy me ratifica en lo dicho. Sí, señor; usted versificará pronto con fluidez y soltura, ó yo me equivoco de medio á medio.

El del verde gabán.—Se publicará.

Teodoro.—La idea es muy buena, muy moral... pero los versos tienen marcadísimo carácter del año treinta.

Guajiro el Logroñés.—Tiene el defecto de ser antiquísimo el chiste.

Chirivias.—Por la forma es publicable, por el fondo no; porque resulta oscuro y un poco repugnante el asunto.

Sr. D. L. R. O.—¿Que si manda usted la firma? ¡Ay! No se tome usted esa molestia.

Catito.—Malo es dedicar versos á la vecina del tercero, pero si son vulgares, peor que peor.

Un triste.—Pero, hombre, por mucho que el dolor le trastorne, ¿no comprendé usted que un epitafio para la tumba de una madre no puede estar bien en el MADRID CÓMICO.

Sr. D. J. F. M.—No están mal hechos los versos. El género es el que está un poquito pasado de moda. Le agradezco sus piropos sinceramente.

Layunta.—¡Olé los graciosos! ¡También se necesita inocencia para suponer que yo no iba á conocer una cosa mía!

Sr. D. F. L. O.—Lo de la virtud no lo conozco, aunque supongo que lo habrá usted copiado de alguna parte; el epigrama... ¡ahl el epigrama lo he visto en muchos almanaques antes de ahora.

Montroe.—¡Ca! *Dulce y sufre* no pueden ser consonantes mientras esté Vitoria en estado de sitio. Además, los sonetos no se hacen así. Porque los cuartetos han de tener iguales consonantes por fuerza.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

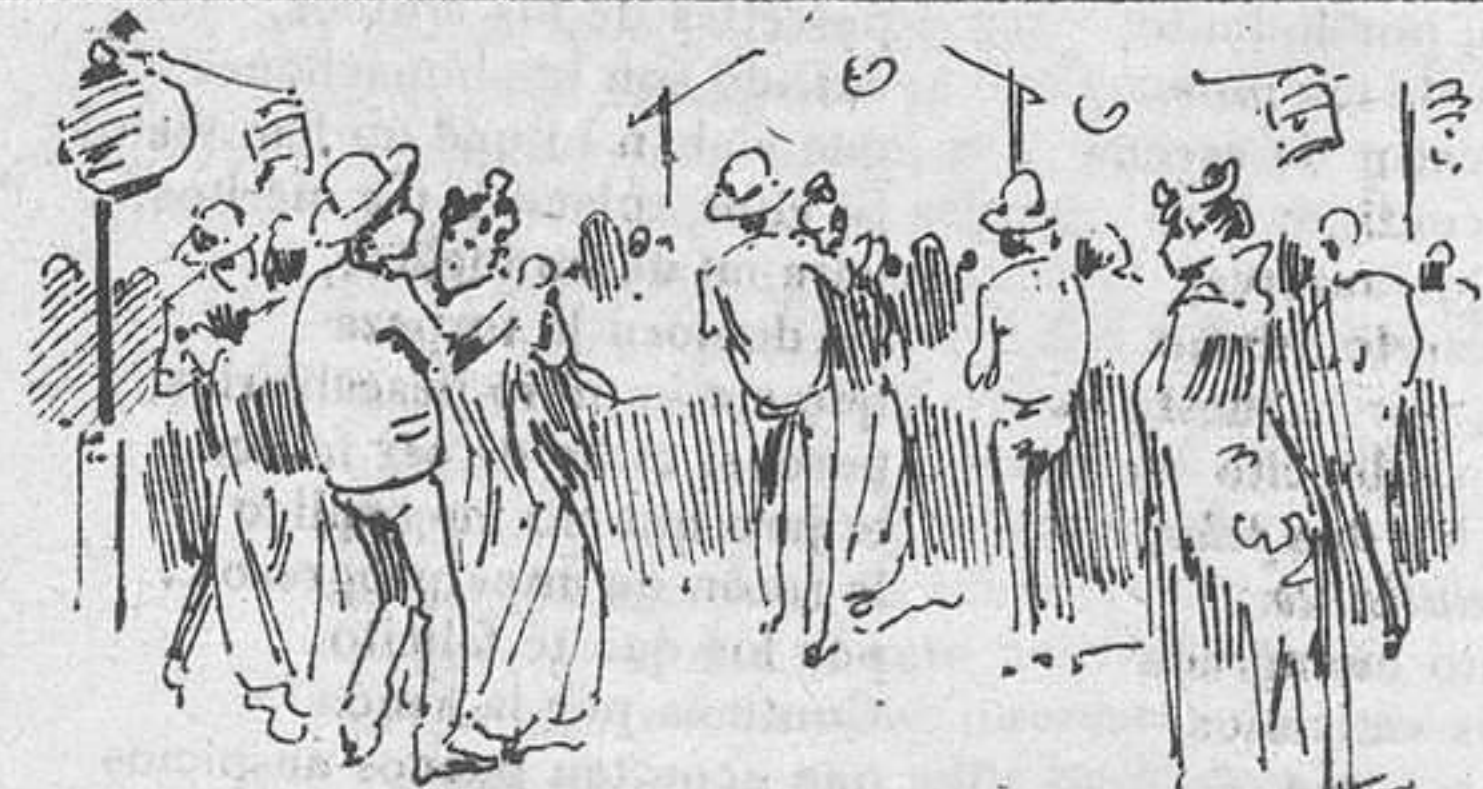
CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID



Sólo á sus anchas goza de la verbena,
bailando hasta cansarse de madrugada,
quien duerme luego en una cama muy buena
del Bazar de la plaza de la Cebada.

Número 1.



Para andar sin que nunca tropieces ni resbales, coloca en las aceras baldosas especiales.
Escofet, Fortuny y C.^a
Alcalá, 18.



Ya no quiero gorra, ni kepis, ni casco, porque tengo un hongo que me ha hecho Carrasco.
Carretas, 26.



No hay cosa más grata, después de la cena, que una tarta buena de La Flor y Nata.
Plaza de Celenque, 1.



—Diga usted, ¿en el pañuelo qué esencia debo echar?
—¡No sea usted ciruelo!
Colonia Palomar!
Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.



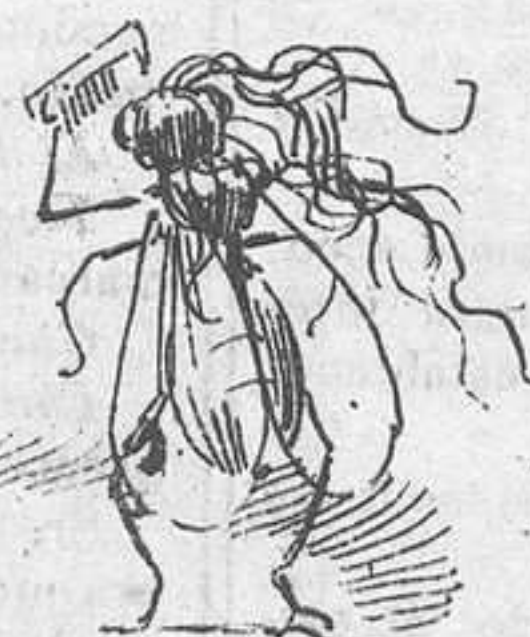
Recomienda el Santo Concilio de Trento mosaicos hidráulicos para el pavimento.
Escofet, Fortuny y C.^a
Alcalá, 18 (Equitativa)



Compra toda la gente católica apostólica objetos de arte en barro cerámica y mayólica.
Escofet, Fortuny y C.^a
Alcalá, 18.



—Gamazo, si usted quiere calmar á España entera, dé usted á cada quisque dos trajes de Pesquera.
Magdalena, 20.



Mosca que cae en frasco de Quina Palomar, en cuanto queda en seco se tiene que peinar.
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.



Si quieres obsequiarme haciéndome una fineza, cómprame unas cuantas camisas de Martínez.
San Sebastián, 2.



Para vivir felices, alegres, satisfechos, pongamos en seguida florones en los techos.
Escofet, Fortuny y C.^a
Alcalá, 18.



Piense Pérez, Mayor, setenta y tres, extrae dos mil raigones cada mes, de apuros, porque le quedan limpios dos mil duros.



Herpe, grieta, granito ó sabañón curados con Coldcream, por ley fatal necesitan después una loción con Agua de Colonia virginal.
Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, y San Bartolomé, 7.



El que quiera engordar, el Cognac de Moguer debe tomar, y el que aspire á crecer, que beba Cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vincs, Arenal, 2.